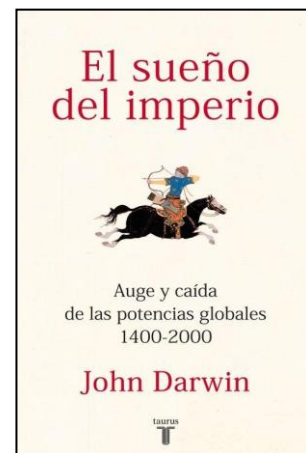


RESEÑAS.

Darwin, John, *El sueño del Imperio. Auge y caída de las potencias globales, 1400-2000*. Madrid: Taurus, 2012. 620 pags.

*Javier Lion Bustillo.
Universidad Nacional de Educación a Distancia.*

Los estudios histórico-políticos sobre los imperios han experimentado un gran empuje desde los atentados del 11 de Septiembre y las posteriores invasiones de Afganistán e Irak, dado que las experiencias imperiales han sido consideradas a veces como una guía útil para las nuevas aventuras militares de Occidente. La calidad de tales estudios resulta muy diversa, ya que algunos no pasan de ser instrumentos *ad hoc* destinados a aprovechar un debate de actualidad, en tanto que otros poseen el mérito de intentar arrojar luz sobre una



fórmula política, el imperio, que ha poseído una gran capacidad para reaparecer a lo largo de la Historia en contextos geográficos y socio-económicos muy diversos.

La obra que es aquí objeto de análisis pertenece sin duda a la segunda categoría. Un especialista tan acreditado en el estudio del fenómeno imperial como John Darwin, autor de obras ampliamente conocidas como *Britain, Egypt and the Middle East* o *The End of the British Empire*, aborda aquí un trabajo tremendamente ambicioso, en el que hace un repaso de la evolución de las fórmulas políticas imperiales desde la muerte de Tamerlán hasta la actualidad. Esto implica un análisis de los diferentes factores que permitieron la construcción y el mantenimiento de tales imperios, así como los que condujeron a su desaparición. Para Darwin, las fórmulas imperiales no constituyen en absoluto una rareza histórica, sino que serían un recurso bastante frecuente en múltiples épocas y lugares, lo que explica la relevancia de su estudio y comprensión. El punto de partida cronológico escogido no es en absoluto arbitrario, sino que está relacionado con la convicción del autor (que nos retrotrae a Halford Mackinder) de que el control del espacio eurasiático ha constituido históricamente el objetivo fundamental para la

dominación mundial. Y precisamente, el líder mongol Tamerlán habría protagonizado el último intento de los pueblos de las estepas por controlar ese espacio, dando paso a unos intentos imperiales que, a partir de entonces, tendrían un carácter diferente, siendo protagonizados por otras regiones del mundo.

Darwin se sitúa en su análisis al margen tanto de la corriente que ve en el imperialismo europeo un instrumento de modernización de sociedades “atrasadas”, como de la visión opuesta, que considera que dicho imperialismo habría tenido por efecto el debilitar las líneas de desarrollo autóctono, provocando que esos territorios cayeran en la dependencia. Por el contrario, este trabajo sostiene que es preciso desprenderse de cualquier sensación de proceso en el análisis del imperialismo occidental, ya que no se trataría de un fenómeno lineal, sino que el mismo habría experimentado momentos de desigual fortuna en función de distintos factores. En este sentido, su trabajo resalta la importancia de la capacidad económica y de la coercitiva, pero también la de los aspectos culturales, así como la capacidad para entablar alianzas tanto con otras potencias como con las élites y otros grupos locales. En cualquier caso, la posesión de tales cualidades habría variado con el tiempo, estando sujeta al impacto de múltiples factores que habrían provocado la sucesiva caída de los sucesivos intentos imperiales.

El libro divide Eurasia en varios grandes conjuntos (Europa Occidental, Próximo Oriente, Asia Central y el Lejano Oriente) que habrían desarrollado distintos proyectos para dominar ese espacio, vinculando dos elementos esenciales: por un lado, la importancia del control del comercio en el espacio eurasiático, fuente de una gran prosperidad para quien pudiera tenerlo en sus manos; por otro, la posesión de territorios que permitieran llevar a cabo dicho control. Con la caída del imperio de Tamerlán, el espacio de Asia Central habría perdido su capacidad de control, que pasaría a estar en disputa entre distintas potencias de los otros tres conjuntos, pero los resultados de esa pugna no estarían nada claros hasta bien entrado el siglo XVIII. Así, Darwin opina que la conquista de América por Castilla y la llegada portuguesa a la India con Vasco de Gama no indicarían en absoluto un inicio de la hegemonía europea. Por el contrario, lo que se habría puesto en evidencia en esos años fue que Europa tuvo una muy escasa capacidad para extender su influencia en Asia, espacio en el que a su vez florecieron otros imperios como China, el Imperio Mogol de la India, el Irán safaví o el Imperio

Otomano. Precisamente, este último habría sido capaz de desafiar a Occidente mediante una notabilísima expansión territorial en la propia Europa balcánica en los siglos XVI y XVII, épocas en las que las potencias europeas se iban extendiendo por el mundo.

Para Darwin, la hegemonía europea surge de la industrialización a partir del siglo XVIII, la cual aporta los medios para unos proyectos imperiales que permitieron que el Viejo Continente pasara a controlar buena parte del planeta. En cualquier caso, el autor subraya la gran capacidad de muchos territorios de Asia para resistir ese impulso colonizador occidental. Ello parece conducir a pensar que las estructuras políticas existentes en dichas zonas, aunque se encontraran en una situación de crisis, habrían sido capaces de generar la necesaria cohesión para mantener la independencia política, evitando sucumbir ante el avance europeo tal como había sucedido con los imperios inca o azteca. Por otra parte, a menudo los europeos emplearon en Eurasia no sólo fórmulas imperiales que implicaran la posesión de territorios, sino también lo que se denomina un “imperio informal”, de tal modo que establecieron relaciones de patrón-cliente con los gobernantes locales, logrando así un control sobre determinadas áreas geográficas sin que ello supusiera el empleo de excesivos recursos.

No podría sostenerse que Occidente fuera quien abriera el espacio eurasiático al intercambio de mercancías, personas e ideas, ya que ese carácter cosmopolita se hallaba presente en la zona desde la propia Edad Media. Pero durante un breve espacio de tiempo en el siglo XIX, Occidente sí habría sido capaz de generar un grado de apertura comercial notable basado en los principios del liberalismo económico, combinado con la promoción de un liberalismo político que exaltaba las ventajas de un gobierno limitado, si bien el mismo resultaba compatible con el sostenimiento de fórmulas discriminatorias contra buena parte de la población. Sin embargo, este ciclo que el autor denomina “semiglobalización”, y que parecía el inicio del camino hacia el mundo actual, se habría torcido rápidamente.

Así, esa presencia europea se sostenía únicamente mediante la afortunada combinación entre la colaboración con grupos locales y la situación de paz que predominó en el sistema europeo de Estados tras el fin de las guerras napoleónicas. Sin embargo, a comienzos del siglo XX ambos factores resultaron cada vez menos comunes, provocando la crisis de los imperios coloniales europeos, especialmente visible tras la Segunda Guerra Mundial.

El escenario de la Guerra Fría habría dado también origen a la creación de estructuras imperiales por parte de Estados Unidos y de la URSS. No obstante, dichas estructuras no habrían sido capaces de garantizar la paz y la estabilidad fuera del continente europeo, produciéndose continuas fricciones entre ambas potencias y entre sus respectivos aliados, muchos de los cuales tras acceder a la independencia continuaban albergando rivalidades y disputas que trataban de resolver a su favor mediante el recurso a la ayuda de sus patronos imperiales.

Finalmente, el hundimiento del bloque soviético habría tenido como efecto el que Estados Unidos se haya convertido en el auténtico imperio mundial, dotado de una enorme capacidad para controlar Eurasia mediante una mezcla de “poder blando” (económico y cultural) y de su extraordinario poder militar. Este imperio no implicaría la posesión de territorios, sino que seguiría las pautas de los “imperios informales” del pasado. En este sentido, Darwin considera que tal poder está muy por encima del que poseyeron anteriormente otras estructuras imperiales, siendo capaz de impulsar el actual proceso de globalización. Sin embargo, hasta ahora el espacio eurasiático habría sido capaz de mantener su diversidad ante los diferentes intentos de convertirlo en un conjunto cohesionado bajo el dominio de una sola potencia. La duda residiría en saber si el actual poder estadounidense será capaz de superar esa tendencia histórica a la diversidad o si esta última volverá a imponerse, conduciendo a un nuevo fracaso imperial.

En suma, se trata de una obra que mezcla con eficacia la erudición y una lectura ágil, siendo capaz de sintetizar las características más destacadas de unos procesos de gran complejidad y de vincular admirablemente el pasado con el presente. ¿Se puede pedir más a un libro de Historia?